La argentina Kirchner apuesta por la derrota de Trump y por su propio regreso.

Cristina Fernández de Kirchner, que cumple seis años de arresto domiciliario por corrupción, ha solicitado al Comité de Derechos Humanos de la ONU que revise su procesamiento.

Por Marina Dias

BUENOS AIRES — Cristina Fernández de Kirchner, expresidenta de Argentina, abrió las altas puertas arqueadas y salió al balcón.
La multitud que se encontraba abajo, recién llegada de una manifestación para protestar contra los recortes en educación del presidente libertario Javier Milei, se había detenido frente a su apartamento para corear su nombre.

"¡Cristina presidenta!", gritaban sus seguidores, sin inmutarse por el hecho de que está cumpliendo una condena de seis años de arresto domiciliario por corrupción y tiene prohibido de por vida ocupar cargos públicos. "¡Cristina presidenta!"

Kirchner, vestida con vaqueros, una blusa negra y un rosario dorado, saludó con la mano, dio las gracias, se llevó una mano al corazón y lanzó besos.

El encuentro, ocurrido un jueves reciente, duró apenas unos segundos. Los tribunales argentinos le han dejado poco margen para algo más.
Regresó del balcón, respiró hondo, se dejó caer en un sofá de cuero marrón y reanudó una entrevista con The Washington Post, la primera con un medio internacional desde su sentencia el año pasado.
A Kirchener también se le ha prohibido la entrada a Estados Unidos, pero ve la posibilidad de un regreso para ella y para el movimiento político de izquierda que la llevó a la presidencia.
"La historia no se escribe en línea recta", dijo. "Hay avances y retrocesos. Pero la gente siempre regresa".
Según ella, el ejemplo más claro serían las pérdidas que pronostica para el presidente Donald Trump y los republicanos el martes en las elecciones de mitad de mandato en Estados Unidos.
"Paradójicamente, el hombre que ha hecho todo lo posible para ayudar a los gobiernos de derecha a ganar en América Latina perderá las elecciones en su propio país", dijo Kirchner. Ella espera que los votantes estadounidenses impulsen una ola progresista.

Kirchener, exdiputada, senadora, primera dama, vicepresidenta y presidenta, es una de las figuras más controvertidas de Argentina, y aún no ha cumplido 18 meses de su condena de prisión. Pero a sus 73 años, sigue siendo un ícono del peronismo , el movimiento populista que ha moldeado la política del país durante generaciones.

Sigue siendo presidenta del Partido Justicialista de Argentina, de izquierda, fundado hace 80 años por Juan Perón y su esposa, Eva, y colíder del Frente de la Patria, el mayor bloque de oposición en el Congreso Nacional. Las encuestas recientes muestran que su índice de aprobación es ligeramente superior al de Milei, aunque ambos rondan el 30%.
Aun así, le reconfortaron los jóvenes manifestantes que se manifestaban frente a su ventana. «Muchos de ellos son estudiantes», dijo.

Por ahora, el mundo de Kirchner se limita a su apartamento de 200 metros cuadrados. Ha establecido una rutina: come sano, hace ejercicio de cuatro a cinco veces por semana en una cinta de correr, una plataforma de step y pesas, y estudia inglés y chino "para evitar que mis neuronas envejezcan".
Pasa las tardes leyendo y siguiendo la actualidad política mundial por televisión.

Lo más difícil, según cuenta, es no poder compartir sus pensamientos con amigos y aliados. Tiene permitido recibir visitas durante cuatro horas a la semana, repartidas en dos días, con un máximo de tres personas por visita. Puede usar un teléfono móvil, pero teme que sus comunicaciones sean monitoreadas.
Su amigo de toda la vida, Luiz Inácio Lula da Silva, reelegido presidente de Brasil la semana pasada, la visitó el año pasado. Lula pasó 580 días en prisión por cargos de corrupción antes de ser liberado en 2019 y de que sus condenas fueran anuladas.
«Me dijo: “Haz ejercicio y no te deprimas”», contó. «Pero no tengo derecho a deprimirme ni a atormentarme ante el sufrimiento ajeno. Sé por qué estoy aquí: por lo que represento, por el gobierno que construimos y por mi negativa a someterme a los poderes establecidos».
Kirchner, abogada de profesión, fue primera dama de Argentina cuando su esposo, Néstor Kirchner, fue presidente entre 2003 y 2007. Posteriormente, lo sucedió en la presidencia entre 2007 y 2015. (Néstor Kirchner falleció en 2010).

Posteriormente, fue vicepresidenta del candidato presidencial que ella misma eligió, Alberto Fernández, desde 2019 hasta 2023, cuando se la consideraba demasiado controvertida para encabezar la candidatura.
En medio de una crisis económica, Fernández y Kirchner decidieron no presentarse a la reelección en 2023. Ese año, Milei, un estrecho aliado de Trump, aprovechó el descontento público por la inflación, la desilusión con la clase política y la frustración con la corrupción.

Kirchner reconoce que los peronistas contribuyeron a su propia derrota. Bajo el gobierno de Fernández y Kirchner, la inflación anual alcanzó el 211 por ciento y la tasa de pobreza se elevó al 40 por ciento, lo que provocó una disminución de los salarios y dejó a algunos trabajadores sin acceso a las necesidades básicas.
“Se produjo un colapso en la cultura laboral”, dijo. “La gente se dio cuenta de que quienes trabajaban ocho horas al día, soportaban a sus jefes y largos desplazamientos ganaban lo mismo o menos que sus vecinos que recibían ayudas del gobierno”.
Kirchner fue condenada en 2022 por un esquema de contratación de obras públicas en la provincia de Santa Cruz durante su presidencia, que según los fiscales benefició a un socio comercial. Fue declarada inocente de dirigir una organización que orquestó sobornos y sobreprecios relacionados con proyectos de construcción de carreteras en la Patagonia.
Kirchner niega haber cometido delito alguno y describe su procesamiento como motivado políticamente.

—Dime dónde puse el dinero —dijo—. Porque, sinceramente, si lo hubiera robado, no estaría en la cárcel. Sería libre, porque habría podido comprar al sistema judicial argentino, que es corrupto.

Kirchner y su abogado, Rafael Valim, han solicitado al Comité de Derechos Humanos de la ONU que revise su caso alegando que se le negaron las debidas garantías procesales y sus derechos fundamentales. Ese fue el camino que siguió Lula; Valim fue su asesor en su caso.
Kirchner y Valim afirman que se la responsabilizó injustamente por las acciones de su jefe de gabinete y otros ministros, y que a su defensa se le negó el acceso a pruebas clave.

Según Valim, la prioridad es restablecer los derechos políticos de Kirchner y revocar su inhabilitación para ocupar cargos públicos.
El comité de la ONU puede dictaminar si se violaron los derechos de un acusado. No tiene autoridad para revocar las decisiones de los tribunales nacionales. Sin embargo, como signataria del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, Argentina está obligada a respetar sus normas.

“La decisión debe someterse a la justicia argentina”, dijo Valim. “Pero dada la tradición argentina en materia de derechos humanos y la apertura de su sistema jurídico a las decisiones internacionales en este ámbito, veo una posibilidad mucho mayor de cumplimiento, incluso en el caso de Cristina, a pesar de que se trata de un sistema que busca perseguirla”.
Argentina siempre ha estado comprometida con el multilateralismo y el derecho internacional, afirmó Flávia Piovesan, exvicepresidenta de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Señaló que gobiernos de derecha como el de Milei suelen presentar la supervisión extranjera como una injerencia, pero advirtió que un fallo favorable podría tener un gran impacto.
«Ante la comunidad internacional, habrá quedado reivindicada», afirmó Piovesan, profesor de derecho en la Pontificia Universidad Católica de São Paulo. «Eso crea una narrativa poderosa que podría tener un impacto en el ámbito político interno».

Eso es lo que Kirchner y Valim esperan. "Si Argentina no cumple", dijo Valim, "preveo una movilización social irresistible por parte del pueblo argentino".
Kirchner estaba sentada en una mesa roja en su comedor, rodeada de libros y un gran televisor que alternaba entre canales mayoritariamente internacionales. Dijo que consideraría volver a presentarse a la presidencia en 2027, cuando se espera que Milei busque la reelección. La oposición no se ha unido en torno a un candidato.

“Cuando recupere mis derechos políticos, ¿por qué no?”, dijo.
Según argumenta, cuando Milei y otros líderes de derecha de todo el mundo no cumplan sus promesas, la ira antisistema que los ha impulsado se volverá contra ellos.
Kirchner reconoce que los votantes han perdido la fe en la democracia y la política tradicional. Han estado dispuestos a respaldar a líderes que prometen desmantelar los sistemas existentes.
“Pero ahora muchos argentinos están frustrados porque sus vidas no han mejorado, su dinero no les alcanza hasta fin de mes y ven un gobierno que no solo no hace nada por los pobres, sino que los ataca activamente.”
El panorama económico de Argentina es desigual. Milei ha logrado reducir la inflación, que antes era muy alta. Sin embargo, la pobreza aumentó este año, ya que los ingresos familiares tuvieron dificultades para seguir el ritmo del creciente costo de vida. El desempleo también se ha incrementado.
Milei recibió elogios de los mercados financieros por recortar el gasto y eliminar los controles cambiarios como parte de su esfuerzo por reformar la economía argentina, que venía sufriendo desde hacía tiempo. Sin embargo, los costos sociales de su política de austeridad están afectando su popularidad. Sus índices de aprobación han caído a sus niveles más bajos desde que asumió el cargo.

Según Kirchner, el reto para los progresistas ahora no es simplemente recuperar el poder, sino comprender la ira que ha impulsado a los votantes hacia líderes que prometen transformar radicalmente el sistema y ofrecer una alternativa creíble. Lo que se necesita, afirmó, son propuestas que la gente crea que pueden implementarse realmente, sobre todo para abordar las preocupaciones económicas cotidianas y la deuda.
“¿Es posible gobernar racionalmente una sociedad en la que el 50 por ciento piensa que el otro 50 por ciento debe desaparecer?”, preguntó.

Según ella, sus clases de chino le han brindado una nueva perspectiva sobre el tema. En Occidente, explicó, la política se ha regido tradicionalmente por la expectativa de que un bando debe derrotar al otro. En la filosofía china, las fuerzas opuestas del yin y el yang coexisten en lugar de buscar la aniquilación mutua.
Afuera, más sonidos se elevaban desde la acera. "¡Ahí vienen los tambores!", sonrió Kirchner. Entre sus partidarios, una mujer sostenía un cartel que decía "¡Liberen a Cristina!".
“Hoy hay mucha gente por las protestas”, dijo Christina Rivera, que se encontraba entre los manifestantes. “No siempre es así. Pero vengo todas las semanas, así que ella sabe que no está sola”.